Patria y Honra

Morales

PATRIA Y HONRA.

ENSAYO DRAMATICO

ESCRITO POR

VICENTE MORALES.

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE HIDALGO,
LA NOCHE DEL 2 DE ENERO DE 1874,
EN EL BENEFICIO DE LA ACTRIZ SOLEDAD AMAT.

MEXICO.
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA ENSEÑANZA,
Portal de Mercaderes número 7.

1876.

ADVERTENCIA.

Al dar á la estampa el ensayo dramático PATRIA Y HONRA, del Sr. Morales, despues de trascurridos mas de dos años de su primer representacion en México, hemos querido hacerlo preceder del juicio crítico emitido entónces en el *Eco de Ambos Mundos* por el Sr. Lorenzo Agoitia, bajo el seudónimo de OTON GIL, y de un artículo de gacetilla dado á luz en *El Correo del Comercio* por otro escritor que no quiso poner al pié su nombre, contentándose con firmar X.

Ocupariamos muchas páginas si fuésemos á reproproducir aquí la opinion de la prensa mexicana acerca del ensayo literario del Sr. Morales, opinion favorable al jóven autor, con excepcion del citado párrafo de *El Correo;* pero creemos que basta á nuestro propósito las inserciones que van á continuacion, y que nos evitan el trabajo de escribir un prólogo, puesto que en ellas se ven dos opiniones, diferentes acerca del mérito del drama.

M. M. Z.

PERSONAJES.

Manuel Espino.—30 años.
Laura Prado de Espino.—24 años.
Mr. Leon de la Vallette, coronel de caballería del ejército francés.—34 años.
Hipólito Prado, padre de Laura.—50 años.
Juana, criada.

EL DRAMA DEL SR. MORALES.

Abandonando por un momento el Nacional, nos ocuparémos en la presente crónica de ese modesto teatro de Hidalgo consagrado alguna vez por los trabajos del gran Valero y ocupado de ordinario por artistas que sin pretensiones de ningun género y arrastrados por una verdadera vocacion, se esfuerzan constantemente, y cada dia con mejor éxito, por complacer al ilustrado público que los favorece.

La noche del 2 del corriente será por mucho tiempo memorable en los anales del teatro de Hidalgo. En el recuerdo de esa noche se asociarán dos triunfos: el de una bella simpática actriz y el de un jóven autor, discípulo de la moderna escuela literaria mexicana, conocido ya por diversos trabajos que ha dado á luz aunque no del género dramático. El Sr. Don Vicente Morales ha querido aplicar su génio á los trabajos en que tanto se ha distinguido Calderon, Rodriguez Galvan, Mateos, Riva Palacio, y Acuña; y á fé, que segun parece, el nombre del Sr. Morales será el digno sucesor de esos gloriosos nombres.

Bajo el modesto título de *ensayo dramático* escribió una pieza de indisputable mérito, intitulada *Patria y Honra*, y quiso que esa preciosa obra dramática se es-

trenase en el beneficio de la excelente actriz Srita. Soledad Amat, primera dama jóven de la compañía que trabaja actualmente en Hidalgo.

De ninguna manera nos consideramos capaces de juzgar acertadamente de la obra del Sr. Morales, y si nos atrevemos á aventurar algunas apreciaciones sobre ella, lo hacemos únicamente llevados del deseo de hacer conocer á aquellos de nuestros lectores que no hayan tenido la fortuna de concurir al teatro de Hidalgo la noche del último viérnes, alguna de las bellezas que contiene el drama *Patria y Honra*, así como de tributar á la hermosa Srita. Amat los elogios que su talento artístico tiene bien merecidos.

El jóven Morales tuvo el buen tino de escoger para su drama un argumento que por necesidad debia ser altamente simpático al público mexicano: un episodio que se supone pasado en la época de la intervencion francesa, en que se enaltece el patriotismo y la nobleza del carácter mexicano, al tiempo que se estigmatiza la deslealtad de los invasores, así en el terreno político como en lo que respecta á su conducta en el hogar doméstico.

El primer acto nos presenta en escena á Laura Espino de Prado departiendo con su esposo sobre la cuestion de aquella actualidad: la intervencion. El marido, que á pesar de ser rico, siente un ódio profundo por los acontecimientos que están pasando, se expresa amargamente de ellos y no oculta su mala voluntad, así por los invasores en general, como por un Mr. Leon de Lavalette, coronel en el ejército francés, y alojado de órden suprema en la casa de Laura. Es-

ta, que había tenido la criminal debilidad de dejarse seducir por las insustanciales galanterías de Lavalette, replica á su marido y no oculta la inclinacion que tiene á favor del alojado. El marido tiene sospechas, presiente su desgracia; pero disimula y espera una ocasion de convencerse plenamente.

En el segundo acto Laura comunica á su amante que el marido ha sospechado ya; le manifiesta la necesidad de una pronta fuga para conjurar el peligro; le dice que partirán juntos; que por él aún abandonara á su pequeño hijo. Como respuesta á tales pruebas de pasion, el francés no accede á lo que se le propone, alega sus deberes militares y deja aterrada con su frialdad á la infeliz adúltera, que bien tarde conoce que ha puesto su amor en un hombre indigno y sin corazon. El marido que ha escuchado este diálogo se presenta á los ojos de Laura al salir de la escena el coronel francés; echa en cara á la desdichada, con sangrienta ironía, su infame conducta y con exaltado furor quiere matarla, lo que llevara á efecto sin la presencia en aquel momento del padre de Laura que interviene y salva la vida de su hija.

En el tercer acto, el marido de Laura, que ha tomado ya su partido, hace llamar al coronel, y despues de terribles reproches le desafia y sale con él á batirse. Laura entretanto, volviendo sobre sus pasos, loca de dolor y de arrepentimiento, hace votos por la salvacion de su esposo á tiempo que éste vuelve triunfante del desafio en que ha perdido la vida el seductor de Laura. Esta espera con dolorosa resignacion su sentencia final. El marido le indica una separacion eterna

y luego, solo ya en la escena el infeliz, considerándose abandonado totalmente, sin familia y sin honra, tiene un arranque sublime de patriotismo y expresa su decidida intencion de consagrar su vida al servicio de la patria, yendo á incorporarse á las filas de los heróicos defensores de su independencia.

Aquí concluye el drama. Pálidamente hemos bosquejado á grandes rasgos las principales escenas, pero es imposible que el que no ha visto la representacion se forme cabal idea de las bellezas dramáticas que en él abundan. El Sr. Morales, conformándose con las reglas del mas riguroso clacisismo, redujo su composicion á *una accion, un lugar, un solo dia.* Los diálogos son fáciles, y hay en toda la obra una naturalidad, una especie de ingenuidad que admira. El interes, que se despierta en el primer acto, va creciendo gradualmente sin decaer en los actos últimos como sucede á veces en algunas piezas de teatro. Las situaciones son verosímiles, palpitantes, conmovedoras. El carácter de los personajes, bien sostenido desde el principio al fin. El marido siempre noble y digno; ya cuando manifiesta su repugnancia por la intervencion extranjera; ya cuando sorprende la conversacion culpable de su mujer con el amante; ya cuando reta mortalmente á éste; ya en fin cuando se separa de la compañera de su vida y hace el propósito de combatir por la independencia. Laura, al principio casquivana y culpablemente apasionada; luego, llena de terror ante el esposo ofendido; por último, sinceramente arrepentida y dolorosamente resignada. El coronel francés, carácter frívolo, petulante, sin conciencia y sin corazon.

Todos estos caractéres nos parecen irreprochablemente dibujados.

Para ser imparciales y conciezundos, así como nos complacemos en hacer los elogios que anteceden, no podemos ménos de hacer notar algunos ligeros defectos que en nuestro humilde juicio tiene la obra del Sr. Morales. Notamos cierta debilidad en los actos, que terminan muy pronto y casi bruscamente, ménos el último que concluye muy bien; hubiéramos deseado que en lugar del carácter del padre de Laura, el autor hubiera sustituido el de la madre; á esta convendria perfectamente la conversacion última que tiene con Laura, en que trata de sondear sus sentimientos y su conducta y aventura consejos y advertencias que seria muy raro hiciera un padre que siempre tiene ménos confianza y mas respeto por el pudor de su hija. Tambien en el carácter de la madre estaria bien la inaccion en que el padre queda cuando sabe que su yerno ha salido á batirse con el francés: en un hombre, es de suponerse que correrá á impedir el desafio.

Pero estos son pequeñísimos lunares que en nada deslucen la obra en general y que tal vez serán apreciaciones erróneas por nuestra parte.

En cuanto al desempeño de la obra por los artistas, dirémos que nada dejó que desear. El Sr. Arteaga quedó perfectamente; el Sr. Martinez, irreprochable.

La verdadera heroina, sin embargo, de aquella jornada fué sin disputa la hermosa Soledad Amat. El papel del marido y del padre son hasta cierto punto fáciles de ejecutar: uno y otro tienen que obrar por decirlo así naturalmente; pero expresar los diversos y

violentísimos sentimientos que Laura tiene que expresar; ser fria en el primer acto con el marido; anonadarse en el segundo ante la indignidad del amante; quedar muerta de terror ante los durísimos reproches del esposo ultrajado; arrojarse convulsa á los piés de éste solicitando un perdon imposible; pedir con gemidos desgarradores, exhalados de lo más íntimo del alma que se le permitiese volver á ver á su hijo; y rogar á Dios por último en favor de la vida de su esposo, son sentimientos que solo una consumada actriz puede comprender é interpretar.

Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi. La Srita .Amat sentia lo que representaba y el público no pudo contener las lágrimas. Ha habido persona que nos ha dicho que intencion tuvo de pedir que el marido permitiese á Laura la última vista, el último beso del hijo: tan honda así fué la impresion que causa aquella conmovedera escena. En una palabra, el Sr. Morales no pudo tener mejor intérprete para su obra que la simpática Soledad. La artista fué digna del autor, y nosotros felicitamos á ámbos por su triunfo, angurándoles con certidumbre completa un porvenir de aplausos y de gloria.

LORENZO AGOITIA.

* * *

En el teatro de Hidalgo se estrenó hace pocas noches un drama del Sr. D. Vicente Morales.

Solo de oidas podemos hablar de esa obra. Háse-

nos dicho que abunda en bellezas, y que si alguna sombra proyectan sobre ella ciertos ligeros defectos, esa circunstancia examinada á la luz de una crítica sana, templada y juiciosa, dará ocasion al autor de remediarlos, ó de hacer en lo sucesivo obras mejor acabadas.

El argumento de ese drama ha sido extractado por varios periódicos. En el tiempo de la intervencion cuando el imperio pasó como negra nube sobre la república, una mujer llamada Laura se deja seducir por el *alojado* que se habia impuesto á su casa, y tiene el desenfado de encomiar á su marido las excelencias de la invasion extranjera. Descubre este al fin su deshonra, mata al amante, y no pudiendo vivir ya á la sombra de las banderas francesas, se acuerda de que tiene patria y se lanza á combatir por ella.

Si estuvo ó no feliz el Sr. Morales en la eleccion de su asunto, díganlo nuestros lectores.

En todo caso, y felizmente para nuestro decoro nacional, ni hubo en aquella época muchas mujeres como *Laura*, ni la gran mayoría de los mexicanos necesitó, como el protagonista del Sr. Morales, que el terrible estímulo de la deshonra viniese á lanzarnos al campo de los defensores de la independencia.

Siga en sus ensayos el jóven autor, y alcance alguna vez merecidas coronas.

Al dejar la pluma abrigamos la esperanza de alcanzar gracia ante los ilustrados lectores del *Correo*, siquiera sea por las reducidas proporciones de nuestra revista.

X.

ACTO I.

Sala elegantemente amueblada; espejos, candelabros con bujías: una mesa redonda.—Dos puertas laterales á la derecha del espectador, una en el fondo y otra á la izquierda.

La accion comienza á las diez de la noche, y concluye al otro dia á las cinco de la tarde.

EPOCA DE LA INTERVENCION.

ESCENA 1ª

JUANA.—¿Llamaba usted, señorita?
LAURA.—Sí, Juana; quiero mi té.
JUANA.—Al instante.
LAURA.—Escucha: no sabes á donde fué el coronel?
JUANA.—No, señorita.

LAURA.—*(aparte.)*—Es extraño, nunca llega tarde. *(Se levanta y mira el reloj que está sobre la consola.)* Las diez dadas.

JUANA.—¿Quiere usted que me informe?

LAURA.—No, Juana, traeme el té.

JUANA.—*(aparte.)*—Qué inquieta está! *(Se va.)*

LAURA.—*(Pensativa.)*—Iria á ver al general Bazaine.... Eso debe ser, su tardanza me lo explica. *(Pausa.)*—Como no le vayan á enviar á la campaña del interior....

No, Bazaine tiene motivos porque retener á Leon á su lado. ¡Oh! Dios mio, pero por qué tarda, si nunca viene á esta hora?

(Juana entra llevando en una charola un servicio de té, que coloca sobre la mesa.)

LAURA.—Dime, Juana, ¿qué hace el coronel despues que nos retiramos á dormir?

JUANA.—Se va en seguida á su cuarto.

LAURA.—¿Se acuesta?

JUANA.—Algunas veces.

LAURA.—¿Y otras?

JUANA.—Permanece en esta sala, leyendo en algun periódico ó en un libro.

LAURA.—¿No escribe?

JUANA.—Yo no le he visto.

LAURA.—*(Sentándose y sirviéndose té.)*—¿Y no ha despertado mi hijo?

JUANA.—Duerme tranquilamente.

(Se oye un campanillazo.)

LAURA.—*(Con ansiedad.)*—Debe ser él....

JUANA.—Fué la camapanilla del portero; voy á ver...

(Al salir Juana entra Manuel; Laura se ha puesto en pié, pero al ver á su marido que deja el abrigo y el sombrero sobre una silla, hace un movimiento de impaciencia que no ve Manuel.)

ESCENA 2ª

MANUEL.—Buenas noches, Laura. *(Le da la mano.)*
LAURA.—Jesus! estás helado.
MANUEL.—En efecto, hace frio. *(Se sienta.)*
LAURA.—¿Quieres té?
MANUEL.—No.—¿Y Enrique?
LAURA.—Duerme: hace un momento que preguntaba por él á Juana.
MANUEL.—Me parece que se encuentra ya perfectamente bueno.
LAURA.—Sí: desde que se le cambió nodriza, el niño no ha vuelto á estar inquieto.—No quieres té? *(Manuel no responde, estará absorto en sus meditaciones.)*
LAURA.—¿Estás preocupado?
MANUEL.—Algo, hija mia.
LAURA.—¿Por qué?

MANUEL.—Negocios de política.
LAURA.—¡Tú mezclado en la política!
MANUEL.—No he dicho tanto.
LAURA.—Entónces....
MANUEL.—Laura: hoy al salir del almacen me encontré con un amigo; como hacia frio, le invité á tomar una copa en casa de Fulcheri: nos dirijimos allá, y apurando nuestras copas, me refirió la noticia de la derrota acaecida en San Luis. No se ha hablado de otra cosa en todo el dia, mas que de esa desgraciada derrota, y yo sin embargo la ignoraba; qué quieres? esa noticia es la causa de mi tristeza.
LAURA.—¡Mucho me admira! ¿Por ventura ese acontecimiento viene á determinar una baja en tus fondos? ¿entorpece alguna de tus operaciones comerciales?
MANUEL.—No, por cierto.
LAURA.—Pues entónces no comprendo la causa de esa tristeza.
MANUEL.—Hija mia: desde que nos casamos, que muy pronto hará dos años, he observado contigo una conducta que no todos los maridos observan con sus mujeres: quiero decir, que te he dejado en entera libertad para que pienses y obres, tanto en religion como en política, como mejor te plazca. Pues bien, recordarás que desde que se habló de la intervencion mostré mi desagrado por ella, porque no obstante la pereza, el desaliento que nos domina á los ricos, sentí que mi corazon se conmovia *(animándose)*, palpitando á impulsos de no

sé qué extraña fascinacion, y que una voz secreta me auguraba grandes males para el país en general y para mí en particular.

Laura.—*(Extremeciéndose.)* Visionario!

Manuel.—Seré lo que tú quierás, pero el caso es que así me pasó.

Laura.—*(Retirando la tasa de té, é interesándose en la conversacion.)* No te creia de ideas tan liberales, como se dice ahora.

Manuel.—Convengamos, hija mia, aunque me sea doloroso decirlo, en que la gente rica de México es en la que nunca se anidó el patriotismo, y por eso, hasta mi tristeza te sorprende.

Laura.—No opino como tú, y creo por el contrario que la gente sensata es la que ha llamado esa intervencion que tu corazon repele, porque estás preocupado.

Manuel.—No soy yo el preocupado, sino tú.

Laura.—No lo creas.

Manuel.—Te lo aseguro.

Laura.—Expon tus razones.

Manuel.—Escucha.—Un interventor no es otra cosa que un fiscal; un fiscal, tiene que ser forzosamente odioso.

Laura.—Para los que obren mal.

Manuel.—No me interrumpas y sígueme prestando atencion.

Laura.—Prosigue.

Manuel.—¿Quién es aquel, esposa mia, que interviene en un asunto lisa y llanamente, tan solo por hacer bien....? Vamos, responde.

LAURA.—Particularizando esa pregunta, te diré que nadie ciertamente: pero como una nacion no obra de igual manera que un individuo, la cuestion varia; para las naciones hay intereses de alta política.

MANUEL.—No me des esa respuesta, porque se parece á quellas que dan ciertos pobres de espíritu, cuando atacados en sus últimos atrincheramientos en cuestiones religiosas, le salen á uno con "Los altos juicios de Dios," palabras concluyentes con las que creen llenar un período, y con las que nada dicen por cierto.

LAURA.—Quiero suponer en la Francia un interes, aunque noble y grande: continúa.

MANUEL.—Acabas de pronunciar una palabra inconveniente; has dicho:—"la Francia."—No olvides, hija mia, que la Francia es un imperio, y que la voluntad de un emperador, de un déspota, no es la de una nacion. Los franceses enviados aquí por su augusto amo, faltaron á los convenios celebrados en la Soledad; primer borron que la Francia ó los franceses nunca podrán limpiar de su frente....

Quiero pasar en silencio la derrota que sufrieron el 5 de Mayo en Puebla, y llegar á su efímero triunfo de la toma de una capital, abandonada por todos los que tienen la dicha de combatir en las filas democráticas y nacionales.—¿Qué pretenden estos interventores? ¿qué quieren estos enemigos de mi país? ¿Imponernos un imperio? ja, ja, ja... la América está nutrida con las liber-

tades cívicas, México ha conquistado su autonomía é independencia con sangre, y sabrá sostenerla.

LAURA.—Nunca te habia visto tan exaltado liberal, ni tan patriota, tan entusiasta.

MANUEL.—¡Ah! ¿por qué seré rico? El dinero vuelve egoistas á los hombres; les hace cobardes, (*con afliccion*) y coadyuva á su vilipendio....

Dichosos mil veces los que pertenecen á esa clase privilegiada de la sociedad, que se llama "clase media:" allí sí se encierra el talento, el valor, el desinteres, y sobre todo el patriotismo. (*Manuel se levanta de su asiento; estará un poco agitado*) (*paseándose.*) Sin ir mas léjos, dime: ¿no es un fiscal para nosotros ese alojado francés, ese coronel del diablo?

LAURA.—Manuel, hagamos á un lado la cuestion política, porque veo que eres intransigente en ella, y hablemos de la Valette: ¿qué motivos de queja te ha dado? ¿No es su conducta irreprochable.

MANUEL.—Sí, sí, yo no digo que haya cometido alguna falta.

LAURA.—Tan fino...... de maneras tan distinguidas......

MANUEL.—Corteza parisiense....

LAURA.—Tan amable.

MANUEL.—Te digo que te cayó la lotería con él.

LAURA.—(*Con marcada indiferencia*) A mí me divierte con su conversacion; ha recorrido tantos países que no puede ménos de ser instruido. Me habla de su permanencia en las fronteras de España, de

Viena, de Paris, del sitio de Puebla, en una palabra, me distrae....

MANUEL.—(*De mal humor*) No hablemos mas.

ESCENA 3ª

(*El Coronel de la Valette se presenta en la puerta del fondo, descubriéndose al punto.*)

LEON.—Ustedes permiten....?

LAURA.—Adelante, apreciable Leon.

MANUEL.—(*aparte.*) Cómo me fastidia este hombre!

(*La Valette se inclina profundamente ante Laura, y dá la mano á Manuel, que toma un aire de molestia reprimida.*)

LEON.—No nos hemos visto hoy durante el dia, Sr. Espino.

MANUEL.—Es verdad, Mr. la Valette; tuve mucho que hacer en el almacen, y como ya está próximo el fin del año....

LEON.—Es verdad: yo tambien estuve hoy bastante preocupado.

LAURA.—¿Preocupado?

LEON.—Sí, ¿no es lo mismo que ha dicho el señor su esposo de usted?

LAURA.—No.

MANUEL.—Mr. la Valette no conoce á fondo nuestro idioma.

LEON.—Creí haber hecho uso de un equivalente.

LAURA.—Preocupado, es haber estado distraído en algo: ¿viene usted de algun paseo?

LEON.—No: todo el dia, ó la mayor parte de él, lo he pasado con el general Bazaine, ocupado en asuntos de política.

LAURA.—Es muy distinto.

MANUEL.—Cierto.

LEON.—Supongo á ustedes enterados de la noticia que ha causado gran júbilo á la pequeña población.

LAURA.—¿Qué noticia es esa?

MANUEL.—¿Por qué llama usted á la poblacion de México, pequeña?

LEON.—La noticia es la derrota del último cuerpo de tropas disciplinadas, al mando de uno de los mejores generales disidentes.

MANUEL.—Insisto en mi pregunta.

LEON.—¿Qué fué lo que usted me preguntó?

MANUEL.—¿Que por qué habia usted aplicado el calificativo *pequeña*, al tratar de la capital?

LEON.—(*Con desden.*)—¡Oh! Sr. Espino, creo que México nunca podrá compararse con Paris ni con ninguna de las capitales europeas.

MANUEL.—Dice usted bien, Mr. la Valette: (*con ironía*) México nunca puede compararse con ninguna de las capitales europeas, y mucho ménos con Paris.

LAURA.—¡Manuel!

LEON.—(*Sin haber comprendido la ironía.*)—Yo soy muy feliz al escuchar á usted: celebro mucho que así lo comprenda.

LAURA.—¿Y esa noticia ....

LEON.—Es el complemento de la felicidad de los mexicanos, puesto que ahora se llevará á efecto el gran pensamiento de la Francia: establecer en México un imperio, que salve la nacionalidad de ustedes.

MANUEL.—(*Siempre con ironía*)—¡Oh! ahora sí vamos á ser completamente felices los mexicanos.

LEON.—Y todo por la Francia, por esa gran nacion que marcha al frente de la civilizacion europea.

MANUEL.—¡Oh! no hay duda ....

LEON.—Los buenos mexicanos deberán estar muy complacidos.

MANUEL.—Y usted cree, Mr. la Valette, que el contento es el sentimiento unánime de la *pequeña poblacion* de México, al saber esa noticia que es el complemento de nuestra futura felicidad?

LEON.—¡Oh! Sr. Espino, debe haber de todo, pero yo estoy seguro que en lo general, el gozo es lo que reina.

MANUEL.—Vea usted, coronel, no opinamos de la misma manera.

LEON.—¡Qué dice usted!

LAURA.—Manuel está preocupado.

MANUEL.—No hay tal, estoy tranquilo.

LEON.—Explíquese usted (*aparte.*) Este hombre es enemigo, y yo no lo habia conocido.

MANUEL.—No hay que dar importancia á mis palabras, pero como usted sabe, en el comercio circulan rumores, y se dice que Napoleon no podrá sostener por mucho tiempo el ejército francés que tiene en México; de aquí se infiere, y con justicia, que un imperio sostenido aquí por bayonetas francesas, durará cuanto estas duren sosteniéndolo.

LEON.—No hay cuidado; la Francia no abandonará nunca al nuevo imperio.—Napoleon tiene los soldados suficientes.

MANUEL.—¿Y tambien el dinero?

LEON.—¡Oh! en cuanto á dinero, estoy seguro que no faltará.

LAURA.—(*Con inquietud.*)—Hablemos de otra cosa... me incomoda demasiado la política, y creo que en lo general á todas las señoras.

¿Qué tal, Leon, se ha divertido usted en esta última temporada?

LEON.—Un poco.

(*Juana aparece en la puerta del fondo diciendo:*)

JUANA.—La cena está servida. (*Se va.*)

LAURA.—Vamos á cenar.

MANUEL.—Tengo ántes que arreglar algunos papeles; alcanzo á ustedes en el comedor: voy en seguida.

ESCENA 4ª

(*Manuel se vá por la primera puerta de la derecha: la Valette y Laura le siguen con la vista, y continuan platicando*)

LAURA.—(*Mirando siempre á la puerta por donde salió su marido, y hablando bastante alto*) Me tenia usted cuidadosa. La amistad llega á arraigarse tanto en ciertos corazones, que sirve de molestia á nuestros amigos.

LEON.—Mil gracias, Laura, nunca puede molestarme la prediléccion que á usted le inspiro.

LAURA.—Usted es muy amable.

LEON.—¿Y por qué estaba usted cuidadosa por mí?

LAURA.—Me figuré que el general Bazaine pudo haber pensado en enviarle á usted á la campaña del interior, y como me he acostumbrado á verle y á estar en su compañía, jamás me habria consolado de esta partida.

LEON.—(*Con efusion, y tomando una de las manos de Laura, que esta retira*) !Oh! gracias, gracias..... (*En este momento aparece Manuel en la primera de la derecha, pero al ver al coronel y á su esposa tan próximos el uno del otro, se detiene, entrecerrando la puerta*)

LAURA.—(*En voz baja.*)—¡Imprudente! pueden escucharnos.

LEON.—(*Con ternura y bajando la voz.*)—¡Oh! Laura, Laura....

MANUEL—(*observando desde la puerta.*)—Me parece que esto está claro como la luz del dia.

LAURA.—Pero ahora ya estoy enteramente tranquila primero porque está usted aquí; segundo, con esa derrota....

LEON.—Queda terminada la guerra.

LAURA.—Cuánto me alegro!—Vamos á cenar.

LEON.—¿No esperamos al señor esposo de usted?

LAURA.—Ya nos alcanzará en el comedor.

(*La Valette dá el brazo á Laura, y salen por la puerta del fondo, hablando en voz baja. Manuel sale á la escena al desaparecer su esposa y el coronel.*)

ESCENA 5ª

MANUEL.—¿En esto vendrán á parar mis presentimientos?

¡Oh! no quiero dar crédito á mis ojos; y sin embargo, lo he visto y aun escuchado.... ¿Pero

qué he escuchado....? Nada.... frases amisto sas.... ¿Amistosas? ¿Y lo que siguieron hablando en voz baja al retirarse?... ¡qué idea! Seamos prudentes, sin dejarnos llevar de las apariencias. Observemos....

(*Se va rápidamente por la puerta del fondo. Cae el telon.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO II.

ESCENA 1ª

(La misma decoracion.—D. Hipólito Prado, entrando por la puerta del fondo; detras de él, Juana.)

HIPÓLITO.—¿Conque duermen aún, muchacha? Vamos, quién lo creyera! son las nueve y media.

JUANA.—Siempre se levanta la señorita bastante tarde.

HIPÓLITO.—Qué, se desvelan?

JUANA.—Casi todas las noches.

HIPÓLITO.—Bah! la vida de la corte; por eso no se conservan en buena salud. *(Se sienta.)*

JUANA.—Como que ahora que dice usted corte, muy pronto vamos á tener realmente corte; y no así como quiera, sino una corte imperial.

HIPÓLITO.—Sí, en efecto, he oido decir que es cosa hecha, que un imperio será el que rija los destinos de México.

JUANA.—La señorita se prepara á lucir sus trajes y joyas en la corte.

HIPÓLITO.—Y mi yerno qué dice de eso?

JUANA.—No quiere que la señorita vaya á la corte.

HIPÓLITO.—*(aparte.)*—Le sobra razon.

JUANA.—Pero el señor coronel se empeña y....

HIPÓLITO.—¿Quiénes ese coronel?

JUANA.—El alojado.

HIPÓLITO.—Es verdad: me habia olvidado de él.

Y dime, mi yerno está contento con ese alojado francés?

JUANA.—Creo que no mucho.

HIPÓLITO.—¿Y á Laura le disgusta tambien?

JUANA.—*(Con malicia.)*—A la señorita.... me parece..... que no le es desagradable.....

LAURA.—*(llamando desde adentro.)*—Juana, Juana.

JUANA.—Voy señorita, voy. *(Se va por la segunda puerta de la derecha.)*

HIPÓLITO.—*(Solo.)* Tengo ya mucha experiencia, y no sé por qué, pero me parece que este matrimonio no anda bien.

Una de esas revelaciones íntimas me dice que aquí hay algo.... Quiera el cielo que me equivoque: pero cuando hasta los criados sospechan.

ESCENA 2ª

(Manuel sale por la primera puerta de la derecha llevando unos papeles en la mano.)

MANUEL.—¡Cómo! padre mio, estaba usted aquí y nadie me habia avisado? *(Le da la mano.)*

HIPÓLITO.—¿Cómo te va, Manuel? Creía yo á todos dormidos; esa muchacha no me ha dicho que tú estuvieses ya en pié.

MANUEL.—Desde muy temprano trabajo en mi escritorio.

HIPÓLITO.—Siéntate. *(Manuel deja los papeles sobre la mesa y se sienta.*

MANUEL.—Hacia ya algun tiempo que no venia usted á visitarnos.

HIPÓLITO. — Sí, hace mas de quince dias que no vengo á México; vivo tan tranquilo en mi casa de campo .... es aquello un Eden: ya sabes, cuando quieran irse á pasar una temporada conmigo, tendré un positivo placer.

MANUEL.—*(Con abatimiento.)* Gracias, padre mio, de buena gana iría yo, no solo de temporada, sino á vivir allá; pero .... los negocios ....

HIPOLITO.—Tienes razon: ¿y qué tal van tus negocios, hijo mio?

MANUEL.— *(Pensativo.)* Bien, señor, perfectamente; la semana pasada ingresaron á mi caja unos diez mil pesos.

HIPOLITO.—¡Hombre! no es mal bocado. *(aparte.)* Lo malo es su abatimiento.

¿Y.... mi nieto, bueno?

MANUEL.—Enrique está robusto y goza de perfecta salud. *(Manuel sigue cabizbajo.)*

HIPOLITO.—*(Aparte.)* Aquí hay algo. —Manuel, qué tienes? ¿estás triste? *(Mirándole fijamente.)*

MANUEL.—*(Inclinando la cabeza.)* No, señor.

HIPOLITO—Sí, tú me ocultas algo.

MANUEL.—Padre mio, le juro á usted que....

HIPOLITO. *(Con convencimiento.)* Manuel, ya soy viejo....

Desde que pisé tu casa, me dió un vuelco el corazon.... Y no te canses, esta entraña *(se lleva la mano al pecho)* es muy noble; su aviso es sincero.

MANUEL.—Señor, no quiero ocultárselo á usted por mas tiempo; ese presentimiento hace realmente honor á su corazon. Pues bien, señor, sí, aquí hay algo, pero algo que ni yo mismo comprendo, algo que solamente sospecho.

HIPOLITO.—Continúa: ya te entiendo.

MANUEL.—Poco tiempo despues de que se alojó aquí ese coronel frances, yo he perdido mi calma, he visto á mi mujer fria, indiferente, y.... nunca le he dado motivo. Por último, ayer en la noche sorprendí....

ESCENA 3ª

Laura sale de su recámara, seguida de Juana que se va por el fondo. Laura viene con traje de calle. Manuel, al oir el ruido que hace la puerta, se calla á tiempo para no ser escuchado.

LAURA.—Padre mio!

HIPÓLITO.—Hija mia! (*La abraza.*)

LAURA.—Supongo que vendrá usted á estarse con nosotros algunos dias.

HIPOLITO.—Acaso uno solamente.

LAURA.—No lo permito.

MANUEL.—Señor, ruego á usted que sea el mayor tiempo posible.

HIPOLITO.—Veremos. ¿Y tu hijo?

LAURA.—Enrique está bueno, ¿no le habia dicho á usted nada Manuel?

HIPOLITO.—Sí, hija mia: sabia ya que estaba bueno; pero queria oirlo de tu boca. Pero . . . . . por qué no te sientas?

LAURA.—Al instante vuelvo; voy á misa al templo inmediato.

HIPOLITO.—Vé, hija mia, y no tardes.

LAURA.—(*Dirigiéndose á su marido.*) Y tú ¿por qué estás aquí aún?

MANUEL.—(*Sonriendo con amargura.*) Dentro de un momento me voy, con el pesar de no poder que-

darme con tu padre, por eso le supliqué se detuviese el mas tiempo posible entre nosotros.

LAURA.—¿Tienes algun negocio?

MANUEL.—No: un convite del cual no pude excusarme.

LAURA.—(*Disimulando un impulso de alegría*) Vé, vé, Manuel; ya que yo he tenido que retirarme de la sociedad por Enrique.... no lo hagas tú.

MANUEL.—(*Aparte.*) Le importa que me vaya.... á mí tambien.

LAURA.—Adios, papá: al salir voy á dar órdenes para que le preparen á usted su cuarto de siempre. (*Dirigiéndose á su marido.*) Hasta la noche, ¿no es así?

MANUEL.—Sí, hasta la noche. *Laura se va y su esposo la acompaña hasta la puerta; antes de bajar al proscenio, donde quedará sentado D. Hipólito, dice aparte.*—Se va á misa.... O esta muger es inocente, ó es muy criminal.

ESCENA 4ª

HIPOLITO.—Continúa con tu relacion, Manuel.

(*Manuel se sienta al lado de D. Hipólito.*)

MANUEL.—Decia yo á usted que ayer en la noche creí sorprender que Laura tenia una intimidad sospechosa con ese coronel que mi mala estrella ha colocado en mi camino.

HIPOLITO.—Hijo mio, no te preocupes. Desde que me hablaste de ese alojado frances, auguré disgustos para ustedes; porque un hombre estraño, viviendo en compañía de un matrimonio jóven, no puede menos que inspirar celos al marido: esto es muy natural; pero Laura es incapaz de faltar á sus deberes de esposa. Por otra parte, hijo mio, ella te ama, y las mujeres que aman á sus maridos no conceden nada á otro hombre.

MANUEL.—Pero esa intimidad es sospechosa.... esa prediLeccion, ese afan por él, me lastiman.

HIPOLITO.—Y con justicia; pero eso que tú llamas predileccion no es otra cosa que la novedad.....

Vamos, hombre, parece que no conoces á las mujeres en general, y á la tuya mucho menos. Laura es novelera; vé con admiracion todo lo de allende los mares: ese frances, con su estilo galante como todos ellos, con su conversacion revestida de imágenes brillantes que tanto encantan á las mujeres, le tiene divagada la imaginacion: pero te repito que en todo eso no hay nada que pueda lastimar tu delicadeza.

MANUEL.—¡Ah! ¿quién lo sabe, padre mio? (*abatido*)

HIPOLITO.—Sí Manuel, no lo dudes; Laura te ama, te lo repetiré mil veces.

Ademas, nunca podrá olvidar los principios de sólida moral, bajo los cuales fué educada.

MANUEL.—(*aparte*) ¡Ay! otras muchas los han olvidado. Señor: y si por desgracia estuviese fascinada su mente, interesado su corazon por una de esas pasiones que no tienen nombre, que minan la

existencia y que forman el encanto ó la desgracia de toda nuestra vida....?

HIPOLITO.—No lo creas, Manuel, y aun suponiéndolo, hay tiempo, siempre que, (no olvides que estoy admitiendo tu suposicion) ella no hubiese faltado á sus deberes.

MANUEL.—(*aparte*)Es su padre al fin....nunca no entenderemos. — (*Finje que reflexiona y exclama, siempre con tristeza*) Quizá tenga usted razon.... quiera el cielo que mis presentimientos sean hijos tan solo de mi cariño: tal vez soy un visionario, y todo esto sea el resultado de unos celos infundados.

HIPOLITO.—A medida que recobres tu calma, te irás persuadiendo de que mis palabras son verdaderas. Mas tarde, el tiempo y la inmaculada conducta de tu muger te harán arrepentir de haberla juzgado tan mal.

MANUEL.—Así sea.—(*Se pone de pie*)— Me voy, padre mio, ¡cuánto me alegro de dejarle á usted en casa!

HIPÓLITO.—Vé sin cuidado, Manuel. (*Manuel se va llevándose sus papeles.*)

HIPÓLITO.—(*Solo*).—No las tengo todas conmigo. ¡Ah! Dios no ha de permitir semejante desgracia.... ¡oh! no, me moriria.

ESCENA 5ª

(*Laura entra por la puerta del fondo.*)

LAURA.—Aquí estoy ya, papá. (*Deja el pañuelon sobre un mueble.*)

HIPOLITO.—¿Tan pronto vienes de misa?

LAURA.—No queriendo dejar á vd. solo, renuncié á oirla, y oré un momento.

HIPOLITO.—Me alegro: ¿no encontraste por ahí á tu marido?

LAURA.—Ví salir el coche en que él iba. (*Se sienta*).

HIPOLITO.—(*Aparte*).—Dios me ilumine.—¿Y qué tal, hija mia, sigues siempre tan contenta de tu marido?

LAURA.—Sí, papá.

HIPOLITO.—¿Le amas?

LAURA.—Como siempre.

HIPOLITO.—¿Es bueno contigo?

LAURA.—Sí.

HIPOLITO.—¿En qué haces tú consistir su bondad?

LAURA.—En su cariño nunca desmentido, en su buen trato, en sus consideraciones.

HIPOLITO.—¿Eres feliz?

LAURA.—(*Con espansion*).—Mucho . .

HIPOLITO.—Por el amor de tu marido ¿no es esto?

LAURA.—(*Se turba*).—Sí.... padre mio....

HIPOLITO.—(*Aparte*).—Se ha turbado.—¿Y ese alojado que ustedes tienen aquí no les molesta en nada?

LAURA.—No.

HIPOLITO.—Porque luego los extraños se interponen, muchas veces sin intencion, en la vida de los casados.

LAURA.—(*Aparte*).—¿Qué querrá decir?—La Valette, casi no está.... con nosotros.... la mayor parte del dia.

HIPOLITO.—Esos extranjeros, y muy particularmente los franceses, son muy galantes; ó mejor dicho, galanteadores: ¿no te ha dicho nada hasta ahora ese coronel?

LAURA.—No.... padre mio....

¿No vamos á ver á su nieto de vd?—(*Pausa ligera.*)

HIPOLITO.—Luego.—¿Conque dime, no te ha galanteado la Valette?

LAURA.—No.... padre.... no.

HIPOLITO.—(*Permanece callado un momento y prosigue con solemnidad*).—¡Laura! la mujer casada que escucha con placer las frases de amor ó encomio que otro hombre le dirige, es culpable tan solo por este hecho.

Tu madre y yo te educamos bajo los principios de la mas sana moral y severidad mas rígida: tu madre ha muerto.... pero yo vivo....

No creo que arrojes un puñado de cieno sobre

la tumba de tu madre, ultrajando su santa memoria, no espero tampoco que deshonres mis canas.

LAURA.—¡Padre!

HIPOLITO..—Sí, te digo esto, porque tu marido sospecha de tí, porque Manuel se cree desgraciado. Hace un momento me lo decia.

LAURA.—(*aparte.*)—Estoy perdida..... apresurémonos.

HIPOLITO—Mis palabras le han tranquilizado, pero yo espero que tú acabarás de convencerle. Si le hablé en tu abono, es porque ¡creo que no habrás olvidado que mi nombre está exento de mancilla..... Si fueres culpable.... ¡ay de tí!

LAURA.—(*Con afliccion.*)—No padre mio.... Tu acento me lastima.... no sé por quá me hablas así. (*Sale Juana etc.*) (*Juana aparece por el fondo, entra por la puertade la izquierda y vuelve á salir.*)

JUANA.—El señor coronel desea hablar á la señorita.

LAURA.—Que pase aquí al instante.

Padre mio, vamos á ver á Enrique?

HIPOLITO.—Vamos.

ESCENA 6ª

(Laura y su padre se van por la segunda puerta de la derecha: Juana por el fondo. Manuel se presenta á pocos momentos por la puerta del fondo, entrando en la escena con cautela.)

MANUEL.—Nadie me ha visto entrar..... *(Espia por la segunda puerta de la derecha)* Hola! están junto á la cuna de mi hijo. *(Espia por la puerta de la izquierda)* La Valette se prepara á salir. Ocultémonos.....

¡Triste papel para un marido!.....y sin embargo, es forzoso: quiero convencerme por mí mismo. *)Corre á la puerta primera de la derecha, la abre, y vuelve á cerrar. D. Hipólito sale por la segunda derecha seguido de su hija)*

LAURA.—Descanse usted, papá.

HIPÓLITO.—*(al irse por el fondo)* Sí, hija mia. *(aparte)* Estaré á la espectativa. *(Tan luego como se va D. Hipolito, aparece la Valette por la izquierda)*

LEON.—Laura, deseaba verte. *(Con ansiedad)*

LAURA.—Yo tambien.

LEON.—¿Qué ocurre? te veo agitada, pálida.... habla pronto.

LAURA.—Leon: ha llegado el momento de sacrificarlo todo á tu amor.... todo, si es preciso hasta mi hijo ...

LEON.—(*aparte*) Qué querrá decir—Tu hijo! ¿separarte de tu hijo? no comprendo....

LAURA.—Ven, sentémonos (*Cierra las puertas*) En una palabra, mi marido sospecha de mí: mi padre acaba de hablar con él y así me lo ha dicho. Si descubren nuestros amores antes de que huyamos, soy perdida.

LEON.—(*Con sorpresa*) ¿Huir? ¡Laura! ¿estás loca? ¿Adónde hemos de huir? ¿por qué ó para qué?

LAURA.—(*Con angustia.*) ¿No te lo he dicho? porque mi marido sospecha de mí, porque este amor me quema el corazon, porquè ya no quiero ocultarlo....

Quiero entregarme sin reserva á los deliciosos raptos de la pasion que supiste engendrar en mi alma. Léjos de mi patria y de cuanto me hacia agradable la vida, y que hoy solo sirve para torturármela, viviré feliz contigo....

Quiero una casita en esa poblacion de que me has hablado mil veces, y que se extiende risueña á orillas del Loira: allí estando á tu lado, seré feliz, Leon mio....

LEON.—Laura.... eso.... es imposible.

LAURA.—¡Imposible! Cómo! ¿pues no habiamos de tener un dia ú otro ese fin?

LEON.—No, Laura, yo nunca te he dicho que huiriamos. Te dije que si fueras libre te llevaria á Francia: entónces fué cuando desarrollé á tus ojos el cuadro que nunca veré realizado.... por mi desgracia.

LAURA.—Sí, sí, Leon mio; lo verás realizado, porque yo quiero seguirte, porque sin tí no puedo vivir....

LEON.—Es imposible.... piensa en tu hijo....

LAURA.—Me separo de él, porque llevándole á mi lado, entónces sí podriamos ser perseguidos por mi marido.

LEON.—No puede ser, Laura; reflexiona.

LAURA.—(*Con amarga ironía.*)—Pues qué, ¿pretendes que continúe viviendo al lado de un hombre á quien engaño? Mañana acaso..... puedo tener otro hijo, y su padre..... no es Manuel.

LEON.—La ley reconoce por hijos del marido á todos aquellos que son habidos durante el matrimonio, siempre que el esposo no pruebe plenamente la infidelidad de su mujer!

LAURA.—La ley....! ¿Y qué me importa á mí la ley, si mi conciencia me dice que no es suyo....? Yo me entregué á tí, porque al hacerlo te daba mi corazon..... obedecí á éste, (*se da un golpe en el pecho*) que me decia te amara..... Si no te hubiese amado, jamás te habria pertenecido.

Pero ahora conozco, ¡imbécil! que solo deseos fueron los que te inspiré.

LEON.—Laura, cálmate.... piensa, y verás como me concedes la razon.

LAURA.—No, nunca.... (*Ligera pausa.*)

Por última vez, responde: ¿aceptas mi espontáneo sacrificio?

LEON.—Laura.... no puedo....

Soy soldado y donde quiera que vaya mi bandera iré yo.... Hoy estamos en México, mañana estaremos quizá en Berlin: ¿cómo habia de llevarte á donde quiera que fuese....?—Seré tuyo miéntras estemos aquí: el dia que parta.... ¡oh! Dios mio, tendré un gran pesar....

LAURA.—(*Levantándose airada.*)—¡Miserable! ¡Cobarde!.... quítate de mi vista, porque me inspiras mas que horror, desprecio.

....

(*La Vallete se levanta de su asiento, toma su kepi y dice:*)

LEON.—Volveré, y entónces podremos entendernos.

ESCENA 7ª

(*Al salir el coronel por la puerta del fondo que vuelve á cerrarse, se abre la primera puerta de la derecha y aparece Manuel sumamente pálido.*)

LAURA.—(*sin verle, exclama,*)—Y se va...... se va sin haber comprendido el lenguaje de mi alma, la magnitud de mi sacrificio.... Expatriarme voluntariamente.... dejando á un niño tan tierno por un amor criminal...... sí, pero solo yo comprendo su grandeza. (*Vuelve el rostro y se encuentra con su marido que la estará contemplando; al verle exhala un grito ahogado, y comienza á retroceder hasta un sillon, en el cual se apoya con la mano derecha. Manuel permanece inmóvil.—Pausa.*)

MANUEL.—¿Con que el señor coronel no entra en el idilio......? Y...... lástima, tan hermosa que estaria la casa...... Ya parece que la veo en una tarde de primavera, en que los tiernos amantes re-

posan bajo las sombras de los frondosos árboles...... Las cristalinas aguas del Loira pasan murmurando lánguidamente...... El niño, fruto de aquella deliciosa union, corre por las márgenes del rio, dando al viento su rizada y rubia cabellera....

Laura.—¡Dios mio! esto es un sueño.

Manuel.—No, es una verdad deliciosísima....

Laura.—Ma.... nu.... el.

Manuel.—(*Pasando del tono irónico al solemne é irritado.*) Señora! le prohibo á usted que vuelva á pronunciar mi nombro. (*Manuel avanza hasta donde está Laura, la toma de un brazo, y la lleva al proscenio por medio de un impulso violento: ella cae de rodillas.*)

Manuel.—Señora! este es el pago de mi lealtad?..... (*Laura no responde, y solo exhala gemidos ahogados. Manuel se lleva las manos al rostro, busca algo que no encuentra, se palpa, como dudando de qué es él, etc.*)

Laura.—(*Sofocada.*) Matáme....

Manuel.—Ya veremos.... pero ántes.... quiero recordarle á usted.... y que escuche en esa postura.... algo de nuestro pasado. (*Hace un esfuerzo para dominarse.*)

Hace algunos años, señora, era yo soltero. Queriendo mi padre aumentar mi fortuna, pensó en un enlace ventajoso para mí, y me le propuso; pero yo, que solo veia en el matrimonio la realizacion del mas puro de los sentimientos, rechazé su proposicion,

Poco tiempo despues conocí á usted; mi alma se sintió conmovida ante sus buenas prendas y su hermosura. (*Enternecido.*) Al hablarla de mi amor, mi labio expresó toda la intensidad de mi pasion. (*Pausa: reprime un sollozo.*)

¡Laura! ¿tienes algo que reprocharme? responde, adúltera infame, mujer sin corazon....

LAURA.—¡Ay!...... no....

MANUEL.—Pues voy á decir á usted lo que ignora.— La mayor parte de los hombres, por buenos que sean, se extravian alguna vez...pues, bien, señora, yo lo juro, hasta hoy, ni con el pensamiento habia ofendido á usted.....

LAURA.—¡Ah! me muero....

MANUEL.—¿Qué habrá sentido mi corazon al escuchar desde aquella puerta, pintar con tan vivos colores á la mujer que me juró fidelidad eterna ante el altar, su amor á otro hombre.... á otro hombre que la desprecia....

LAURA.—(*Abrazando las rodillas de Manuel.*) Esposo mio, perdon....!

MANUEL.—(*Retirando á Laura.*)—Señora...! no profane usted ese nombre: ese nombre lo murmurarán aún las mujeres que pueden levantar su frente sin mancilla; las buenas madres, no las mujeres corrompidas que piensan huir con su amante, hundiendo á su esposo en la desesperacion y en el ridículo y dejando huérfano á un niño que tanta necesidad tiene de las caricias, de las atenciones de una madre.... Ese nombre es santo ese nombre es el que dan las mujeres al hombre

á quien amaron con ternura . . . . al hombre en fin, á quien no han traicionado.

LAURA.—Basta . . . . basta . . . .

MANEL.—Pobre mujer! . . . . ¡imbécil! ¿Pueden acaso las palabras lavar mi afrenta? ¿pueden volverme la fé que en un momento has echado por tierra?

¡Oh! un mundo de recuerdos se agolpa á mi cerebro . . . . ¿Eres tú, aquella jóven pura como la inocencia, que me hiciste tan feliz con tu casto amor . . . .? No, ahora eres la adúltera odiosa, la madre desnaturalizada . . . .

Pero todo va á terminar (*fuera de sí*) sí, yo no puedo vivir sin tu amor . . . . (*da un grito*) no, porque te amaba. (*Saca una pistola y la amartilla.*) Primero tú, y despues yo . . . . (*al oir las últimas palabras, Laura le grita.*)

LAURA.—No, Manuel, que se queda Enrique solo en el mundo . . . .

(*Al grito, entra D. Hipólito por el fondo, se interpone entre los esposos, y detiene el brazo de Manuel.*) (*Pausa,*)

HIPOLITO.—¡Qué es esto! ¿qué pasa aquí?

MANUEL.—Que so lo diga á usted esa . . . . esa mujer.

HIPOLITO.—¡Laura! ¿por qué estás de rodillas? Habla, ¿qué pasa? (*Laura no responde sino con sollozos.*)

MANUEL.—Es adúltera . . . . es infame . . . . iba á huir con su amante . . . . abandonando á su hijo; á su hijo que está en la cuna . . . .

HIPOLITO.—Ella . . . . ! ella adúltera . . . . . ¡imposible! No puede ser . . . . Vamos, responde, discúlpate; yo quiero oirte. (*Laura llora sin responder.*)

HIPOLITO.—¡Oh! desgraciada, desgraciada de tí.....
Yo te....

LAURA—Padre mio, perdon. (*Pausa.*)

HIPOLITO.—(*Sollozando.*)—Con que esto solo me faltaba, que deshonraras mis canas; que me dieras un pesar de esta naturaleza....?

Si tu madre viviera, estaria horrorizada de tu crímen....

LAURA.—Nadie tiene compasion de mí....

MANUEL.—Señor, suplico á usted quite á su hija de mi presencia. Tengo necesidad de estar solo y esa mujer.... me causa espanto. (*Laura se levanta con dificultad del suelo y sale de la escena paso á paso, sumamente abatida y sollozando. D. Hipólito la sigue en silencio, enjugándose las lágrimas. Cuando salen de la escena que será por la segunda puerta lateral, Manuel agita una campanilla y se presenta Juana.*)

MANUEL.—(*Dominando su emocion.*) Juana: para nadie estoy en casa; avisa al portero. Cuando llegue el..... señor coronel, que tenga la bondad de verme. Estaré en ese cuarto. (*Señala su escritorio.*)

JUANA.—Muy bien, señor. (*Se va.*)

ESCENA 8ª

(*Manuel se pasea agitado; despues se detiene y dice.*)
La cabeza me arde.... siento que las sienes se me hinchan.... el corazon me duele.... ¡Ay! quise palpar la realidad y.... qué amargo desengaño....

Y yo que creia en mi esposa... en su virtud... Si, la virtud de las mujeres.... já, já, já, vaya un mito ridículo.... já, já, já.

Confiese usted en ellas; déles su amor, su nombre, y cuando no descubra una horrible traicion como yo, será usted el ludibrio de la sociedad y

le señalarán con el dedo, diciendo: "Allí vá, ese, ese es el marido." Y uno carga con el oprobio y con.... já, já, já. (*Cae desplomado en un sillon, llorando al mismo tiempo que rie.*) *El telon cae rápido.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

ESCENA 1ª

(*Juana aparece en la escena comiendo algo.*)

JUANA.—Jesus! qué zambra: nunca la ví mas gorda... La señorita llorando, el señor D. Hipólito preparando el viage, el amo encerrado en su escritorio (*Va á espiar á la primera puerta de la derecha.*) Sigue escribiendo: pues señor, hoy nadie piensa en comer en esta casa.... Son cerca de las cuatro, y ni el amo, ni la señorita, ni el señor hablan una sola palabra de comida. (*Sigue comiendo.*) No, pues lo que es yo, cómo: no faltaba mas; vea usted qué tontos, podian reñir en buena hora, pero comer; á mí me parece que no se opone....

Y ahora, lo que falta cuando llegue el coronel, ese sí que va á ser jaleo.... ¡Ah! qué bien hice yo en no dar oidos al pícaro de su asistente, y eso que me decia con mucha sal: *Bon jour, mademoiselle*.... Pero....oigo pasos: debe ser el coronel. (*La Valette entra en la escena por el fondo.*)

JUANA.—El amo desea hablar con usted.

LEON.—¿En donde está?

JUANA.—En ese cuarto. (*aparte*) Allá que se las avengan. (*Se vá*)

ESCENA 2ª

(*La Valette llama en la primera puerta; Manuel aparece á poco.*)

LEON.—Acaba de decirme la Juana que usted deseaba verme.

MANUEL.—(*Bajando al proscenio con la Valette.*)—Sí, coronel, tengo un negocio grave de que hablar á usted.

LEON.—Ordene usted, tendré positivo gusto en servirle.

MANUEL.—Sentémonos. (*Se sientan.*)—¿Qué opinion se ha formado usted, coronel, de los mexicanos, como hombres de valor?

LEON.—Me parecen poca cosa.

MANUEL.—¿De veras?

LEON.—Se lo aseguro á usted, señor Espino; y como prueba de ello le diré:—De edad de diez y seis años salí de la escuela politécnica de Paris, para el ejército de Africa. Allí empecé mi carrera: mis ascensos todos los he tenido en el campo de batalla. Cuando me veia muy comprometido, saqué alguna vez la espada; durante la campaña de México me ha bastado con mi fuete.

MANUEL.—¡Ah!—¿Y en lo particular no ha tenido usted ningun lance con un mexicano?

LEON.—Ni espero tenerlo: ese es un honor que no dispenso á todos.

MANUEL.—(*Con ironía.*)—¿Y por qué? sepamos.

LEON.—Mi nombre, Sr. Espino, es de una nobleza proverbial, y no es muy agradable que digamos batirse en duelo con un plebeyo.

MANUEL.—Coronel, y si yo suplicara á usted me dispensase ese honor.

LEON.—¡A usted! ¡Batirme con usted! no sé por qué..

MANUEL.—No le dice á usted nada su conciencia, Sr. de la Valette?

LEON.—No, á fé mia.

MANUEL.—Escúcheme usted: seré lo mas breve que me sea posible, sin omitir por eso todo aquello que quiero decirle.

Coronel, yo nunca habia sentido odio por ningun extranjero, y mucho ménos por los franceses; pero desde que la Francia se quedó al frente de México, para imponerle su ley bajo el pretesto de una intervencion paternal, toda la simpatía que ántes me inspiraban los franceses, se convirtió en odio.

LEON.—Lo comprendí anoche en la conversacion que tuvimos.

MANUEL.—Siga usted escuchando.—No obstante mi odio, he sabido disimularlo con usted, porque era mi huésped; pero desde el momento en que el noble coronel de la Valette, olvidando su nobleza y los deberes quc impone la hospitalidad, seduce una mujer casada y la convierte en su manceba, desde ese momento me creo relevado de las úni-

cas consideraciones que podia guardarle, para decirle cara á cara:—¡Sr. de la Valette, es usted un infame y un cobarde.

Leon.—(*levantándose airado*)—¡Sr. Espino!

Manuel.—Sí, aguerrido y valiente coronel, es usted un miserable!....

Leon.—¡Oh! usted busca un pretesto para obligarme á que me bata con usted.

Manuel.—Tiene usted razon en creer que busco un pretesto: para los hombres sin dignidad es bien poca cosa el adulterio de sus mujeres.... Cuando no son maridos complacientes, es porque son.. filósofos.

En Paris acaso es un artículo de moda el que una mujer casada tenga un amante; pero para nosotros los mexicanos no: y.... no marchamos al frente de la civilizacion; pero en México hay todavía lo que ya no hay quizá en toda Europa: corazon, buenos sentimientos, rectitud de ideas.. Ustedes no.... son hombres civilizados....

Hasta el pueblo francés es filósofo y digno de estudio; se dejan dar con gusto una bofetada, por recibir los francos correspondientes de indemnizacion: já já já.... pregunte usted, Sr. de la Valette, al mas infeliz y desharrapado de nuestro pueblo, si no pagaria con gusto, por azotarle el rostro á un francés.

Leon.—¡Oh! esto es demasiado. (*Lleva la mano á la espada.*)

Manuel.—No olvide usted, noble señor, que está en mi casa.

Leon.—Vamos pronto á otro lugar.

Manuel.—Por fin, se dignará usted hacer á un mexicano el honor inmerecido de cruzar su espada con la de él?

Leon.—Pronto, caballero, pronto.

Manuel.—Vamos, coronel: mi coche nos espera, y le juro á usted que no tiene tantos deseos como yo; haciéndole comprender ademas, que yo soy el que favorezco á usted singularmente con el honor de un duelo. (*Manuel toma su sombrero con mucha calma, é indica á la Valette la puerta con suma urbanidad. Al ir á salir por el fondo, Laura sale por la derecha y se interpone.*)

Laura.—Manuel....! ¿adónde vas?

Manuel.—(*La retira con desprecio.*)—Eh, señora, quite usted. (*Se van y Laura cae de rodillas.*)

Laura.—Dios mio, Dios mio! proteje á mi marido....

ESCENA 3ª

(*D. Hipólito entra por la segunda puerta lateral y al ver á Laura de rodillas se acerca á ella y la levanta del suelo.*)

Hilolito.—Laura, ven, levántate...... ¡Pobre hija mia! (*Se levanta y se deja conducir hasta un sillon.*)

Laura.—Me siento morir..... ¡oh! padre, qué criminal soy! por qué amé á ese hombre... ?

Hipolito.—Hija mia, hoy...... todo es en vano; hoy no hay mas remedio que resignarte al castigo que tu marido quiera imponerte.

Laura.—¿Y lo quiere usted mayor que vivir quizá separada de mi hijo, devorando en silencio mis remordimientos, ocultando mis lágrimas y teniendo ante mis ojos una sombra ensagrentada?

Hipolito.—¡Qué dices!

Laura.—Lo que usted escucha. Manuel y ese hombre han ido á batirse. (*Hipólito hace un movimiento como para correr á impedir el duelo, pero reflexiona y permanece inmóvil.*) Si la Valette mata á mi marido—¡me horrorizo al pensarlo!— me moriré al considerar que yo soy quein causé su muerte..... Y si Manuel mata á la Valette, tendré ante mis ojos siempre la sombra ensangrentada de ese hombre.... (*Pausa.*)

Hipolito.—Cuántos crímenes han podido evitarse... con que tú hubieras cumplido tus deberes!

Laura.—Padre, ya no me diga usted nada, bastante desgraciada soy. (*Laura sigue llorando, D. Hipólito está conmovido.*) (*Pausa.*)

Hipolito.—No comprendo aún como pudiste ofuscarte hasta el grado de.... vamos, si miéntras mas lo pienso ménos quiero dar crédito á mis ojos... Parece que todo es un sueño....

Ayer, cuando me disponia á venir á ver á ustedes, tantos pensamieutos halagüeños que me asaltaban, y verlos desvanecidos en unas cuantas horas....

Laura—(*Dominada por la idea del duelo.*)—Padre, crée usted que la Valett no le mate?

Hipolito.—Confiemos en Dios.

Laura.—Sí, sí, Dios estará por él. (*Pausa.*)

Hipolito.—¿Recuerdas mis consejos? Mil veces te dije:—Si un hombre de gallarda presencia, de finos modales, se te acerca y empieza por encomiar tu hermosura, no le creas, conspira contra tu virtud. Si halaga tu vanidad, si murmura á tu oido frases de empozoñada filosofía, diciéndote: —que el corazon es libre, que el juramento que hiciste de fidelidad á tu esposo es bárbaro y cruel porque es eterno, no le creas, conspira contra tu virtud...... Si por último, te dice llorando á tus piés, que te ama, no le creas, quiere perderte, y si eres tan débil que aceptas su amor, tendrás por recompensa el desprecio de la sociedad, el oprobio de tu marido y el olvido de quien se llamó tu rendido amante...... (*Laura inclina la cabeza avergonzada y sigue llorando.*)

La mujer que, como tú, da cabida en su pecho á la admiracion que otro hombre le inspira, ya puede estar cierta de que ha dado el primer paso en el camino del perjurio. De la admiracion se pasa á la simpatía, de la simpatía al amor....

Y ese amor que se enciende en el corazon de la adúltera y que va robusteciéndose á medida que avanza en el camino del crímen, no será comprendido por el hombre que la hunde en el abismo.... ¿Recuerdas que así te lo dije?

Laura.—Basta, padre.... padre.... basta ya....

HIPOLITO.—Te dije tambien:—Estás mas espuesta en tu nuevo estado que de soltera; hay hombres que se creen con el ridículo derecho de seducir á una casada.... Cuídate mucho, Laura.

Si hubieras tenido en cuenta los consejos de tu anciano padre, ¿nos hallariamos en esta angustiosa situacion? (*llora*) ¿Mezclaria yo mis lágrimas á las tuyas? (*Pausa.*)

LAURA.—(*Con profunda angustia.*)—Padre mio, las lagrimas de usted me están quemando el corazon.

HIPÓLITO.—(*Enjuga el llanto.*)—La rehabilitacion de la mujer, es una bella teoría.... Concedo que la sociedad la perdone.... su marido tambien; pero ni la una olvidará su falta, ni el otro volverá á recibirla á su lado. (*El reloj da las cuatro.*)

LAURA.—Padre mio, las cuatro y Manuel no parece?.. ¿qué habrá pasado? ¡Oh Dios mio, Dios mio!

Juana, Juana. (*Juana entra por el fondo.*)

JUANA.—Señorita.

LAURA.—Avísame en cuanto llegue el coche, y mira si viene en él tu amo. (*Juana se va.*)

Padre mio, ¿qué habrá sucedido? Tengo miedo.... Manuel no parece, qué haré si no vuelve..

HIPOLITO.—Esperemos, hija mia, esperemos.

LAURA.—Y si no vuelve, cómo informarnos....? porque ese hombre.... ¡oh! no, Dios mio, no quiero.... (*Laura muy agitada, prosigue*) Vírgen María, vuélveme á Manuel, al padre de mi hijo.... para que me mate, sí, tiene derecho, pero que no muera á manos de ese hombre... No, no quiero. (*Juana entrando por el fondo.*)

JUANA.—El amo acaba de llegar. (*Se va.*)
HIPÓLITO.—Lo ves, te lo decia yo, esperemos, él vendrá, la justicia está de su parte....
LAURA.—(*con un grito sublime.*) ¡Gracias, Dios mio, gracias!

ESCENA 4ª

(*Manuel aparece por el fondo, á tiempo que Laura hace su invocacion. Trae la mano derecha vendada.*)
MANUEL.—(*aparte.*)—¡Qué estravagante es el corazon de la mujer! Le da gracias á Dios porque me he salvado. (*Baja al proscenio, y dice á D. Hipólito y á Laura.*)
(*Alto.*) Deseo terminar este desagradable asunto.
HIPOLITO.—¿Vienes de batirte?
MANUEL.—Sí. (*Laura se acerca.*)
LAURA.—Y.... estás herido?
MANUEL.—(*Con voz apagada.*)—Levemente: en cambio..... la Valette..... debe haber muerto ya. (*Pausa. Todos inclinan la cabeza.*)
LAURA.—Espero tu.... castigo.
MANUEL.—Creo que lo habrás comprendido. (*Laura inclina la cabeza y llora.*)

LAURA.—¡Ay....! sí....

HIPOLITO.—Manuel: yo te doy las gracias, porque al ménos evitas el escándalo.

LAURA.—¿Cuándo debo partir?

MANUEL.—Ahora mismo.

LAURA.—Quisiera ver á mi hijo por la última vez.

MANUEL.—¿Para qué? ¿No ibas á abandonarle espontáneamente porque yo no siguiera tus huellas? Me parece que eso decias á ese hombre, que fué el primero en despreciarte. ¿A qué viene ahora ese cariño á un niño que ibas á dejar sin madre?

LAURA.—Ten compasion de mi dolor....

MANUEL—Ese dolor no me lo esplico: haz cuenta que la Valette vive, que huiste con él y que te quedaste sin hijo....

HIPOLITO.—(*aparte.*)—Siento que el corazon se me hace pedazos.

LAURA.—Entonces estaba ciega.... entonces era criminal.

MANUEL.—¿Y ahora?

LAURA.—Ahora estoy arrepentida....

MANUEL.—Ya es demasiado tarde.

LAURA.—(*suplicando con ternura.*)—Manuel, por la memoria de tu madre, permíteme que le dé un beso á mi hijo, y que parta en seguida.

MANUEL.—No.

HIPÓLITO.—Laura, vámonos de aquí, esta ya no es tu casa. (*Laura se coloca sobre los hombros un abrigo, y le dice á Manuel:*)

LAURA.—Adios.... (*llorando.*) Cuando.. mi hijo sea grande, cuando.... te pregunte por su madre...

(*ahogándose por la emocion*) nunca le digas que fué adúltera...... nunca le digas que lo iba á abandonar en la cuna...... te lo ruego, Manuel. (*Dominando los sollozos.*)

Yo me rehabilitaré, yo espiaré mi culpa, y algun dia podré decir á Enrique:—(*Con pasion.*)—Hijo mio, yo soy tu madre....!

¿No es verdad que así lo harás, Manuel?

MANUEL.—Tal vez.... (*Laura va á hincarse frente á la recámara donde está su hijo.*)

HIPOLITO.—Adios, Manuel: comprendo tu justicia, pero no puedo abandonar á esa infeliz mujer...... soy su padre, ademas, sin mí no le quedaria otro camino que el de la prostitucion. (*Le da la mano. Manuel quiere contestarle, quiere decir una última palabra á su mujer, pero temiendo ser débil, se abstiene.*)

LAURA.—Adios....

(*D. Hipólito da el brazo á Laura, y salen paso á paso de la escena, por la puerta del fondo.—Laura va sollozando, y sin dejar de mirar á la puerta adonde se halla su hijo. Manuel permanece inmóvil, y reprimiéndose á duras penas por el dolor que le agobia.*)

ESCENA 5ª

(*Despues que desaparecen de la escena Laura y su padre, Manuel se lleva la mano al rostro.*)

MANUEL.—Solo...... completamente solo ¡ah! siento que el valor me falta.....

¿Qué haré ahora sin ella? ¡Ay! yo la amaba.

La vida sin afecciones, el aislamiento del alma ¡esto es horrible!

....

....

¿Qué haré?

¡Ah!.... ya. (*Se da un golpe en la frente.*) Este golpe viene á acrisolarme, á recordarme que si soy padre, tambien soy hijo.—Sí, eso es; dejaré á Enrique en una parte segura é iré á defender á mi patria.. Lo que no hice por deber, lo haré por un desengaño; sí, estoy sediento de sangre francesa.

(*Con un grito*) Laura fué ingrata conmigo, mi patria no lo será. (*Coje el sombrero, y corre por el fondo.—Telon rápido,*)

FIN DEL DRAMA.